

25 10 84

Pequeñísimo discípulo:

Si consideras atentamente una carta del sudeste de la Francia, en la región del Jura francés, encontrarás dos puntos claves de referencia: de un lado, Bellegarde, por donde pasan los trenes a París; del otro, Gex, por donde pasa el camino a París, vía Col de La Fauçille-Dijon. Entre ambos puntos, mucho más próximo de Gex, encontrarás un enclave llamado ECHENEVEX. Al interior de este villorrio se encuentra Trez-Vella, que ya he inmortalizado con un concierto de veinte minutos. Mi escritorio da a las montañas. Ellas comienzan a 300 metros. Hoy llueve y están cubiertas de neblina. Bellísimo espectáculo.

La casa es nueva, muy grande (180 m² - 1.800 metros de terreno). Tiene tres dormitorios, un gran living-comedor con chimenea, cocina completamente equipada, garage para dos coches, dos baños completos y un meadero para los ebrios. Hay también una terraza y el costado principal de la casa da a los Alpes, que podrías contemplar a ojo desnudo. La hemos comprado a cuenta del dinero del Nobel de Literatura, que normalmente debería serme atribuido dentro de diez años.

Para venir, tienes naturalmente, la carretera. Vía París-Lyon-Bellegarde, deberías tardar cuatro o cinco horas. Luego, el avión, que te depositaría en el Aeropuerto de Ginebra, de donde te rescataría personalmente, haciendo una excepción. Y, por supuesto, el humilde TGV, que te dejaría en Bellegarde, lugar del cual también te rescataría, pues está sólo a 32 kilómetros, por buena ruta. Tu cuarto tiene un lecho doble, calefacción (como toda la casa) y baño privado. Todos los caminos circundantes en el llano están pavimentados, de manera que consituyen excelentes pistas para bicicleta, cosa que aprovecho tenazmente. Pero la maravilla está en las montañas, que puedes alcanzar en cinco minutos y donde puedes emparte de bosque interminablemente.

Es un lugar ideal para el trabajo. La casa cuenta con TV y recibimos seis estaciones, cuatro en lengua francesa, una en italiana y una en alemán. En algunos días incorporaremos Canal Plus. El equipo cuenta también con Video (Cámara y aparato grabador-reproductor). Pero si deseas la ciudad, Ginebra está a quince minutos, Saint-Claude a cuarenta y cinco, Dijon a una hora y media, Lyon a dos horas, Grenoble a dos horas, Milán a tres horas, Torino a tres horas, Lausanne a media hora, Divonne a diez minutos, Zurich a tres horas, Múnich a cinco horas, y París a cinco horas. A tres kilómetros hay un hipermercado que abre de 9 a 21 horas, ininterrumpidamente. Allí encuentras desde escarbadientes hasta tractores, pasando por los pollos, el vino y el pan. Cierra los domingos. Pero, para las emergencias dominicales, a cinco kilómetros hay un bar-epicería abierto todo el año hasta las 24 horas. Tú concibes un lugar más perfecto? No te he hablado aún de las pistas de sky de Croset, a cinco kilómetros, de una caballeriza donde alquilan caballos de paseo y de salto, que queda a 300 metros, de la pista de carreras, del casino y de las termas de Divonne, a 8 kilómetros. En realidad, no puedo hablarte de todo. Ven y descubre por tí mismo.

Las estaciones son como en la cordillera de Nahuelbuta a la altura de Malleco, en Chile (existe eso todavía?) Nieve abundante en el invierno, bellísimo otoño, temible primavera y verano cálido poblado por grillos y chicharras. En el verano dormimos en chinchorros (hamacas) que tendemos en la terraza. He establecido pues mi cuartel general en las montañas y me declaro general en jefe del verso libre y de la mejor prosa concebida por hombre alguno para el idioma.

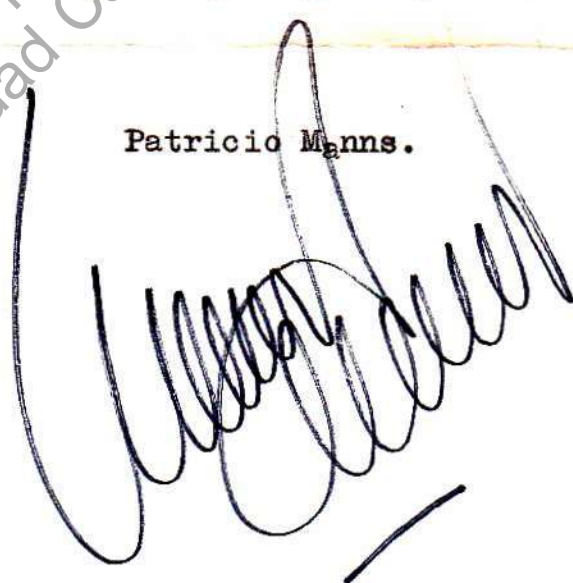
Bien. Como considero que una cassette no tiene la misma calidad que un disco, te adjunto un disco con "Valdivia en la niebla". Pero, para canciones de amor, deberías también considerar "El canto de los gallos", probablemente la única canción de amor que provoca en tu espíritu un temblor epiléptico. Si la necesitas, te haré una K7, como dice el Huacho Parada. A propósito: en caso de pasaje por la zona, la casa está a disposición de "Quilapayún".

Una solicitud: necesito la dirección de Gérard Clery.

Entonces, te espero. Mi libro está finalmente listo y comienza a circular. He comenzado otro, o mejor dicho, dos: una novela y un libro de poemas. De este último, encontrarás en las páginas siguientes, dos pequeñas muestras de lo que será uno de los abecedarios poéticos de las actuales y futuras generaciones.

El mismo abrazo, renovado, de tu capitán jerárquico y luminoso:

Patricio Manns.

A large, stylized handwritten signature in black ink, consisting of several loops and flourishes, positioned below the typed name.

Fondo Quilapayun
Archivo de Música Popular
Pontificia Universidad Católica de Chile

I.-

A mi turno
he vendado una espada
para curar la herida que causara.

Durante mucha sangre,
mucho estuper, mucho furor,
mucho acte, mucho sometimiento,
ha yacido mi espada doliéndose de esa herida,
que es una doble zanja a cuatro labios.

Ella sangra su conmoción en mi reverse
(oh cuánto).

He poblado mi espada
de otros remordimientos,
de otra linfa enigmática, inidentificable,
procurando así turbar mi conocer de esgrima,
pero es sólo con ése dolor que yo me erizo
porque en vez de graznar
abordóme dándome las gracias.

(Ya se oye bien: las gracias).

Entonces, otra vez en vano,

he mecido mi espada
para acunar la herida que me estraga,
ya que no puedo continuar cerrando un ojo tras otro
frente a la ardua convicción de que alguien,
atorándose, atiborrándose de noche,
o equilibrándose en la binaria condición de su día
ambivalente, me sueña con concupiscencia
-pues que yo he herido,
soy yo su hiriente-
y he herido sobre todo
el pragmático tegumento de su vasallazgo,
he modelado una amarga máscara fúnebre
y la he aposentado bestialmente
en el eje de su miedo cervical
(que ha consentido).

He olido mi espada con recelo,
he sorbido los mórbidos aromas
de un aliento amasado con ceniza
en el tumefacto aguaje, en la secreta tierra
de su vicio, de sus soñadas sumisiones,
de sus impulsos en descomposición,
escapando todo por el surtidor de aquella abertura
macabra, en cuyo origen me reconozco,
donde sólo la admonición parece no yacer
ni hacerme frente.

Con el correr de los días, ha chirriado una claraboya

en mi costado más imperfecto, puesto que tal alguien,
habiéndose provisto de esa herida
-fruto de mi castigante destreza-
pretende avanzar de solapado modo
hasta el mismísimo centro de mi agobio diurno
para obligarme a admitir su devoción
a cambio de la mía.

Así resisto, vendando
no tan sólo mi espada, sino también mi culpabilidad,
no tan sólo mi modo de atacar
sino también mi huír.

Así, casi deploro, curando
mi forma de aterrar, de fustigar, de agraviar,
manipulando mi alevosía fulminante, mis acechanzas,
y -qué duda cabe-
vendando el contrapunto entre mi brazo armado
y mi indefensión por causa de memoria.

Puesto que será en razón de la escasez de olvido
y de los inmorales fundamentos de mi cuchilleo
que yo me dejaré caer encima
o debajo
de semejante pecho.

Tal vez, como último recurso,
vende las estrías de la memoria de que hablo

apenas para probar si conjuro el embate
inminente de tales labios atroces, bárbaros,
desgarrados por mi mano,
inventados por mi agresividad a pesar suyo,
que me acesan con tanta gana de besarme
en la voluntad de doler
ya satisfecha.

Fondo Quilapayun
Archivo de Música Popular Chilena
Pontificia Universidad Católica de Chile

II.-

A su turno
ha vendado la herida
conservando mi espada entre sus pliegues.

La profunda, la sombría, la inoxidable herencia
-proyección de mi mano y de mi
mortífero hostigar inmemorial-
anidó en su desgarró por derecho propio,
con un interminable cuello de muelle intacto
y su fructífera conjunción de acero y fragmentos
de mi discurso oxidados por causa de sangre.

Esa conjunción,
mezcla de sueño y de acto que
colegí demoledora,
ha vuelto la espalda a su designio originario
embistiendo por hieráticos recovecos,
y ha reintegrado boomerang la porfiada
preocupación de mi espíritu en maniobra de dudar.

Ha vendado la herida, como digo,
conservando mi yerro entre sus pliegues. Ha azuzado,
aprisionándolo en el vendaje,
el facsímil de mi soledad:

quien hiere

está más solo todavía en su guarida moral que cuando

el instante precursor, allí donde
el sujeto adversario
gozaba impunemente de su reposo, sin sangrar tan
cloacal, tan alcantarillado.

(Presiento pues que he metido los pies en una trampa
a causa de mi sucesiva vocación de embarbascarme.
Presiento que la sangre definitiva será a la postre, mía,
embadurnando de tal modo y para siempre
el momentáneo perencejo en que me comportaba).

Con sólidas hierbas salvajes, en efecto,
ha cosido los linderos de su herida
para que yo no pueda retirar mi gesto.

Ha sonreído,
fingiendo que esa costura fue un placer sin secuelas,
que las heridas no consuetudinarias deben restañarse
con herramientas consuetudinarias, que ciertos
menesteres comparecen a nuestro entendimiento
como un dolo capcioso. Pero que sólo se trata
de organizar con devoción entregas asiduas,
ese rendirse, ese suministrarse cediendo
al mismo tiempo esperma o sábana
o zapato,

(pero -yo lo sé- jamás el demoníaco secreto
que está sentado al interior del acto,
en cualquiera de los peldaños que suben
o descienden hasta la incalculable

consecuencia del acto).

Y después -qué refinamiento tan zorruno!-
ha vendado el secreto
como si se tratara de otra herida accesoria.

Su actitud
me inundó la sospecha de aprensión:

el no saber
exactamente quién de los dos está al origen
de los acontecimientos me forzaría
a arrodillarme en la trastienda de su
voluntad.

Y no haría allí otra cosa que trapear conmigo
el resbaloso suelo de su insondable
determinación si, en lugar de darle
tantas vueltas al asunto, no acopiara yo
la muerte de lo que me desarzona
en el huevo de su propio
momento envenenado.

20/9/84.